

Homilía - Cuarto Domingo del Año B

Celebramos hoy el Cuarto Domingo del Año B. Esta es la Semana de las Escuelas Católicas. Su tema es “Fe, Educación y Servicio.” Sin duda, nuestras escuelas católicas son de vital importancia en la propagación de la fe en los jóvenes. ¡Cómo me gustaría que nuestros hijos se encontraran de nuevo con el impresionante poder de Cristo en su Iglesia y exclamaran como el pueblo en el Evangelio (Marcos 1:21-28): “¿Qué es esto? ¿Qué [nuevo profesor] nueva doctrina es ésta? Este hombre tiene autoridad para mandar hasta a los espíritus inmundos y lo obedecen.” Jesús se presenta como el nuevo Moisés para inaugurar la nueva administración con autoridad y poder de lo alto. Cristo ocupa una posición “muy por encima de todo principado, autoridad, poder, dominio y de todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo sino también en el venidero” (Efesios 1:21; Cf. Fil 2,9 -11; NBLH). Esta es la autoridad singular que la Iglesia tiene en el mundo, y que revela la naturaleza del ministerio confiado a la Iglesia. Nuestros hijos y todas las personas necesitan sentirse conectados con Dios. No podemos permitir que el “espíritu mundano” de nuestra época mantenga marginado a nadie de la verdad de nuestra fe (cf. Gal 4:3, 9; Col 2:8, 20).

La Educación y el Servicio sin la Fe en Dios son malos. Hoy en día existe una crisis de fe. Un sacerdote predica la palabra de Dios y la gente toma la ofensa o dice que es su opinión personal. En la primera lectura (Deut 18:15-20), Dios declara: “A quien no escuche las palabras que... [el profeta/la Iglesia] pronuncie en mi nombre, yo le pediré cuentas. Pero el profeta que se atreva a decir en mi nombre lo que yo no le haya mandado, o hable en nombre de otros dioses, será reo de muerte.” ¿Pueden ustedes ver por qué no es una cuestión de opinión de un sacerdote o de gusto personal? Ningún Papa, obispo, sacerdote o laico evangelizador puede predicar falsamente, sin incurrir en la ira de Dios. Las Escrituras dicen: “¡Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo!” (Heb 10:31). Esto subraya la responsabilidad de la Iglesia para predicar la palabra de Dios en su belleza y pureza, en el amor y sin miedo ni favoritismo. Es espantoso cómo muchas generaciones están perdiendo su derecho a la formación en la fe correcta, mientras que algunos planes de estudio y los medios de comunicación seculares tienen la audacia de adoctrinarlos. ¿Cuántos jóvenes entienden claramente y pueden explicar correctamente y con entusiasmo la enseñanza de la Iglesia de Dios, la Revelación, la Iglesia, la vida litúrgica y sacramental, la conciencia, la vida antes del matrimonio, el matrimonio cristiano adecuado, etc? ¿Esto no es por qué la asistencia a la iglesia está disminuyendo y los Cristianos falta auténtico celo por Cristo y Su Iglesia? Estamos realmente haciendo un pobre favor a nuestros hijos por miedo a la verdad. “La fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo” (Rom 10:17).

Es un secreto a voces que, a lo largo de los años, la Iglesia ha disminuido su compromiso con la evangelización adecuada. Sin duda, los pecados de la jerarquía y del pueblo de Dios debilitan la autoridad moral de la Iglesia. Por lo que San Pablo dice: “EL NOMBRE DE DIOS ES BLASFEMADO ENTRE LOS GENTILES POR CAUSA DE USTEDES” (Rom 2:24). Afortunadamente, hay un movimiento gradual para “recuperar el santuario y el púlpito.” En su discurso presidencial inaugural de la Asamblea General de la Conferencia Estadounidense de Obispos Católicos, el 14 de noviembre de 2011, Monseñor Timothy M. Dolan, arzobispo de Nueva York, reafirmó la simple exhortación del Beato Papa Juan Pablo II, “¡El amor por Jesús y su Iglesia debe ser la pasión de nuestras vidas!” Retó a sus hermanos obispos con estas palabras: “Tal vez, hermanos, nuestra tarea pastoral

más urgente hoy en día es reclamar la verdad, para restaurar el brillo, la credibilidad, la belleza de la Iglesia.... Jesús prefiere profetas, no programas; santos, no soluciones; conversión de corazones, no las llamadas a la acción; oraciones, no protestas: *Verbum Dei* en lugar de nuestra verborrea” (<http://www.usccb.org>).

Sin exagerar, en medio de un clima político liberal y secular de nuestros días, la Iglesia es y debe seguir siendo la “conciencia moral del pueblo de Dios.” El cristianismo no trata necesariamente de socialización. No es un asunto ceremonial ni se trata de sentirse bien en un sentido material. Se trata del compromiso de aceptar y de hacer la voluntad de Dios, como Cristo se ha demostrado a través de su Cruz. Dios nunca da sugerencias; Él “nos disciplina para nuestro bien, para que participemos de Su santidad” (Hebreos 12:10). Dios es paciente pero no estropea a sus hijos. Dios no dice: “¿Está bien con usted?” Dios da los mandamientos. Nadie debe sentirse ofendido a causa de Dios y su autoridad. En consecuencia, la Palabra de Dios, a través de su Iglesia, no debe presentarse como meras sugerencias o recomendaciones, sino que siempre debe ser presentada como la norma de la voluntad de Dios para su pueblo. Este es precisamente el mandato de Cristo a su Iglesia, “Toda autoridad Me ha sido dada en el cielo y en la tierra. ‘Vayan, pues, y hagan discípulos de todas las naciones... enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado” (Mateo 28:18-20). ¡Que se haga la voluntad de Dios en nuestras vidas! Amén.

Hermanos y hermanas: la Iglesia no está tratando de asustar a nadie para que la persona tenga un sentimiento de culpa innecesario. La Escritura está llena de muchas referencias en las que se afirma que hay consecuencias por violar los mandamientos de Dios (cf. Num 20:8-12; Hechos 5:1-11; 12:21-23). Pero la verdad que Cristo mostró en el Evangelio de hoy, al liberar a un hombre bajo la influencia de un espíritu inmundo y rebelde es que Dios quiere que todos los pecadores sean salvos; incluso el hombre poseído no fue condenado, pero fue liberado: “¡Cállate y Sal de él!” Esto muestra el objetivo del ministerio de la Iglesia es la destrucción del pecado y de las fuerzas del mal que ponen a las personas en la esclavitud, no al pecador. En otras palabras, “odia el pecado, ama al pecador.” Nosotros también nos esforzamos por liberar a los pecadores a través de la oración y el ministerio de liberación.

En conclusión, la Iglesia es misionera, es la voz profética de Dios en el mundo. La autoridad de la Iglesia es sobrenatural, esto es otorgada directamente por Dios. No se deriva de los poderes civiles y políticos; los líderes civiles deben respetar esa autoridad por temor a Dios. Por desgracia, hay entromisiones del gobierno en las enseñanzas doctrinales y prácticas de la Iglesia; cada vez más, tratan de socavar la autoridad establecida por Dios. Esto se debe a que, a menudo, el gobierno no comprende la Iglesia y trata de regular asuntos de la Iglesia como una entidad comercial. El concepto de la separación de Iglesia y Estado necesita una revisión urgente. Por último, recuerden, los apóstoles encontraron mucha oposición en los primeros días de la Iglesia. Pero Pedro y los demás siempre respondían, “Debemos obedecer a Dios en vez de obedecer a los hombres” (Hechos 5:29). Así, San Pablo ordenó a Timoteo, uno de sus sucesores, “En la presencia de Dios y de Cristo Jesús.... Predica la palabra. Insiste a tiempo y fuera de tiempo. Amonesta, reprende, exhorta con mucha (toda) paciencia e instrucción” (2 Timoteo 4:1-2). Nosotros también no debemos renegar a nuestra fe. Jesús dijo: “Sé fiel hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10). Amén.